

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

En busca del sentido político perdido

POR JOSÉ FERNÁNDEZ VEGA (*)

Tras cumplirse seis meses de la asunción presidencial de Javier Milei, quienes lo eligieron, pero especialmente quienes no lo hicieron, seguían planteándose el interrogante que da título a un libro de Javier Balsa (1) aparecido cerca de aquel aniversario: *¿Por qué ganó Milei?* (Balsa, 2024) (2). Las respuestas más generales tienden a atribuir su victoria al estancamiento económico de los últimos lustros, a la inestabilidad –incluso psíquica– que produce en la población una inveterada inflación, a las múltiples frustraciones que generó una larga cuarentena decretada por el gobierno peronista cuyo candidato resultó derrotado y a la crisis de confianza en los representantes políticos que afecta no sólo a la Argentina.

Eso explicaría que un *outsider* del sistema, vuelto famoso por sus extravagantes apariciones televisivas y con planteos de derecha radical, superara incluso a la derecha más convencional (que venía de la fracasada gestión del presidente Mauricio Macri entre 2015-2019), clara favorita hasta las vísperas del balotaje de noviembre de 2023. Todos estos motivos, admite Balsa en su estudio, ayudan a explicar la victoria de Milei, pero merecen un desarrollo y deben ser complementados con otros.

Mutaciones

Milei no es sólo una secuela de la desilusión de la ciudadanía, sino producto de transformaciones sociales e ideológicas profundas así como efecto de una lucha por la hegemonía, sostiene Balsa. Sus análisis se respaldan en encuestas que su equipo llevó a cabo entre 2021 y 2023 las cuales, según aclara, retoman la tradición de la investigación empírica desarrollada por Erich Fromm (Fromm, 2012) (3) en

(*) Investigador del Conicet. Prof. de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral y posdoctoral del Deutscher Akademischer Austauschdienst; Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y Fulbright Visiting Scholar. Su último libro titulado: *Francisco y Benedicto. El Vaticano ante la crisis global* fue publicado en el año 2016 por la editorial Fondo de Cultura Económica.

(1) Balsa, J. (2024). *¿Por qué ganó Milei? Disputas por la hegemonía y la ideología en la Argentina*. Fondo de Cultura Económica.

(2) Todas las referencias en lo que sigue remiten a las páginas de este libro a menos que se indique lo contrario.

(3) Como aclara Balsa: “Fromm recién permitió en 1980 la publicación de este trabajo que había terminado a mediados de la década de 1930” (p. 98).

la Alemania de los años 1930 y por Theodor W. Adorno, en los Estados Unidos de la década de 1940 (Adorno, 2009). Este abordaje le permitió anticipar con bastante exactitud las preferencias electorales que sorprendieron a todo el mundo. La exposición detallada de estos relevamientos y su elucidación teórica y política son el tema de su libro, ilustrado con numerosos cuadros comentados y complementado por apéndices que profundizan en los datos y el método empleado para interpretarlos.

El primero de sus capítulos ofrece una síntesis de los vaivenes de la política argentina del último cuarto de siglo. Al repaso de unos acontecimientos conocidos, el autor añade comentarios reveladores. Señala, por ejemplo, que en la anteúltima elección presidencial (2019) el discurso de Macri, quien aspiraba a la reelección, se había radicalizado hacia la derecha y acentuado su antiperonismo. Ese giro le permitió descontar una importante diferencia en las elecciones generales respecto de aquella con la que el peronismo, finalmente triunfante, lo había superado en las primarias. La remontada de Macri evidenciaba la disposición de una parte del electorado a apoyar un programa más extremo, si bien todavía no tanto como el que presentaría Milei cuatro años más tarde. De su lado, el llamado kirchnerismo, que hasta el momento había gobernado el país durante tres mandatos consecutivos, estaba perdiendo influjo sobre su propia base como lo prueba el hecho de que en la elección de medio término de 2017 su principal figura, Cristina Kirchner, dos veces presidenta de la nación, cayó frente a un insulso candidato del oficialismo en una contienda provincial.

A estos sectores de la ciudadanía “en disponibilidad” (p. 52) para nuevas propuestas políticas de derecha se le sumó el efecto de la cuarentena. En amplias capas de la población el encierro sanitario suscitó rechazo puesto que dificultaba la escolarización de los niños, en particular los de las clases más bajas carentes de buena conexión a internet. Pero sobre todo complicaba el sustento de quienes no recibían un salario formal o se dedicaban al comercio. Los relevamientos en los que se apoya Balsa mostraban a un país polarizado respecto de la evaluación de las políticas para combatir la pandemia, aunque también advierten que en gran medida las opiniones estaban condicionadas por las posiciones políticas previas de los entrevistados y por su juicio sobre el gobierno. Al mismo tiempo, el ejecutivo peronista comenzaba a experimentar una crisis política interna y la oposición macrista perdía, sin que fuese ostensible, la primacía del voto anti-kirchnerista que fue finalmente acaparado por un personaje mediático cada vez más visible y políticamente eficaz: Javier Milei.

Lanzado a la carrera presidencial, logró concentrar el descontento político e incluso despertar de la apatía a un electorado desalentado por una larga declinación económica como se explica en detalle en el capítulo cuatro. Muchos votantes habían perdido su sentido de pertenencia partidaria; vivían una “orfandad

representativa”, escribe Balsa. Desconfiaban de los dirigentes a quienes sospechaban involucrados en una extendida corrupción. La desazón y el enojo ciudadano abrigaban la ilusión de que irrumpiera algo nuevo en el panorama político que les permitiera no sólo canalizar su impulso hacia el voto protesta sino también proyectar sus anhelos de cambio drástico. Más adelante, el autor registra una cierta paradoja. Mientras que los partidarios de Milei se contaban entre los más pesimistas respecto de la situación y el futuro del país, su candidato era sin duda quien conseguía inspirar mayores esperanzas de resurgimiento (pp. 291 y 337-339). El *outsider* consiguió movilizar el desánimo y capitalizar el puro rechazo.

Sobre estos temas el sexto capítulo brinda ampliaciones que permiten comprender de qué manera logró Milei convocar hacia sus posiciones a un espectro social que se había replegado en una empeñada actitud apolítica o incluso antipolítica. Sobre todo quienes asumían esta última visión fueron los que ya habían comenzado a inclinarse cada vez más hacia él a partir de 2021, explica Balsa. No eran apolíticos puesto que sostenían posiciones afines al neoliberalismo económico y el conservadurismo social y cultural. Pero luego también los individuos indiferentes comenzaron a simpatizar con quien llegaría a la presidencia. El autor examina asimismo las opiniones de estos grupos acerca de algunos hitos de la historia argentina y encuentra, por ejemplo, que un 42% manifestaba una opinión muy negativa de los primeros gobiernos de Perón (1946-1955) y que cerca de un quinto llegaba a reivindicar la última dictadura militar (1976-1983). Por otra parte, una clara mayoría de todos los encuestados sostenía una opinión nada positiva de los gobiernos kirchneristas (2003-2015, y 2019-2023 en alianza con otros sectores del peronismo).

Hegemonías

El segundo capítulo ofrece excursos teóricos y amplios panoramas para ilustrar la crisis de hegemonía que atraviesa Occidente. Dicha crisis no queda bien captada por la categoría gramsciana de “crisis orgánica”, apunta el autor, puesto que una alternativa al poder dominante se encuentra ausente. El orden neoliberal se está concentrando en lo económico y radicalizando en lo político. En su contra se elevan repudios, pero ninguna otra opción que ofrezca un futuro viable. Además, amplias capas de la población, no sólo en Argentina, se vieron atraídas por el individualismo y el consumismo. Se volvieron impermeables a las tradiciones en cuya interacción organizada fermentaba la revuelta colectiva. La escena internacional que brinda Balsa puede parecer un tanto genérica, pero resulta verosímil y contribuye a encuadrar el fenómeno argentino en un marco global, algo que los análisis locales suelen omitir.

En el capítulo siguiente se explora el declive de los valores progresistas con los que se asociaba a los gobiernos “nacionales y populares” que precedieron al

interregno del macrismo y lo continuaron por un turno hasta la investidura de Milei. Se analizan entonces una serie de nociones clave y las cambiantes reacciones de la población hacia ellas: seguridad, desigualdad, justicia social, matrimonio igualitario, feminismo (y otras vinculadas a ésta como aborto o lenguaje inclusivo). Excepto la primera, las otras estaban en línea con el progresismo asociado al discurso oficial peronista. Lo que descubre Balsa es que dichas iniciativas no habían logrado fraguar una convicción hegemónica en la sociedad y que la hegemonía vigente se podía clasificar más bien como centrista pues les prestaba un apoyo sólo parcial y selectivo. Subraya, por otro lado, un dato ya conocido: son los varones jóvenes de menor nivel educativo quienes se revelan más conservadores (y declaran abiertamente su adhesión a la derecha), sobre todo si tienen ocupaciones informales; mientras que las mujeres se definen como más progresistas, aunque pocas se declaran feministas. Diversas variables tomadas en consideración en el minucioso análisis desplegado en esta sección incluyen categorías sociales, educacionales y las múltiples inserciones laborales. En conjunto, el diverso espectro de individuos que acabaron votando a Milei en el balotaje compartía una imagen muy negativa del Estado, tanto de su funcionamiento como de su legitimidad.

Los niveles de adhesión al mileísmo son más altos, remarca el autor, entre aquellas personas socialmente aisladas o poco integradas. Naturalmente, ellas fueron también más sensibles a los planteos individualistas de esa corriente. En otro lugar del libro amplía su análisis del voto masculino joven hacia el nuevo presidente y halla en él otro tipo de “orfandad”, esta vez “identitaria” (p. 285). Se trataría de sujetos con escasa inserción grupal, que acabarían identificándose con la figura de “león” difundida por Milei: solitario aunque dueño de una imagen poderosa. Además, estos jóvenes tienen dificultades para vincularse con mujeres de su edad influidas por el movimiento feminista que había crecido con fuerza en los últimos años.

Ideologías

¿Cuál es la “ideología” predominante en la Argentina actual? Esta cuestión se intenta dilucidar en el quinto capítulo del libro. Una primera conclusión es que casi no existen liberales “clásicos”, vale decir, una corriente que defienda el libre mercado pero que a la vez eleve reivindicaciones democráticas. La población aparece discriminada en cuatro grandes sectores: dos extremos, a la izquierda y a la derecha, y dos de centro que, respectivamente, se inclinan hacia uno u otro de esos polos. Comparando las indagaciones hechas en distintos años, Balsa llega a comprobar que cada vez más gente se venía calificando a sí misma de derecha o incluso “muy” de derecha, aunque -nuevamente- aquí el porcentaje de mujeres es menor. Otro dato sugerente es que mientras los sectores conservadores exhiben coherencia ideológica en sus preferencias políticas y morales, aquellos progresistas suelen mostrar concepciones confusas acerca de la sociedad o de la justificación de los valores que dicen sostener.

Los avatares del largo proceso electoral de 2023 que llevó a Milei a la presidencia -abarcó cinco agónicos meses- son el tema del capítulo séptimo. Dicho proceso tuvo tres instancias: elecciones primarias, generales y balotaje. Las primarias son obligatorias en Argentina y concurren a ellas todos los partidos para elegir sus listas e intentar superar el piso que les permita acceder a las generales. Las complicaciones para el oficialismo y la principal oposición (la derecha macrista) comenzaron ya a la hora de seleccionar a sus precandidatos. La definición, según adjetiva Balsa, fue “caótica” en el oficialismo y “feroz” en la oposición de derecha (p. 272). Milei, la izquierda y un peronismo provincial presentaron listas únicas. Estas fueron las cinco listas que pudieron acceder a las generales.

En la derecha, el candidato favorito, Rodríguez Larreta, contaba con el apoyo del *establishment*, los medios y podía mostrar una gestión eficiente en la capital del país; tenía un discurso moderado, llamaba al diálogo con otras fuerzas de su espectro. Contra todos los pronósticos terminó derrotado por una candidata ultra con una accidentada trayectoria que había comenzado en la guerrilla de los Montoneros. Pero su discurso extremista conectó con el giro a derecha de la sociedad, según una de las tesis principales de este libro. Balsa oscila a veces en magnificar dicho giro, en consonancia con mutaciones sociales e incluso globales de gran calado y otras en volverlo relativo puesto que le otorga un alcance temporario, sin verdadera profundidad, al menos por el momento. La izquierda trotskista, la única con cierto peso electoral en el país, que podría haber sido la receptora natural de la disconformidad, no consiguió capturar ese estado de ánimo y mantuvo su módico caudal histórico. Milei resultó el gran triunfador de las primarias. Fue la única figura de su corriente se situó primero a nivel nacional y venció en 16 de las 24 provincias, donde nunca había tenido presencia ni apoyo alguno. Resistió con éxito la campaña mediática montada en su contra para favorecer a las candidaturas de la derecha macrista, más confiables para el poder establecido. En parte lo hizo por su eficiente manejo de las redes sociales que le permitieron conectar directamente con el público joven, que no consume periódicos o señales de TV, hasta entonces renuentes a su candidatura. Su electorado fue socialmente transversal, abarcó a todos los sectores, pero resaltaron los trabajadores informales (pp. 283 y 369) quienes, según estima Balsa, no estuvieron movidos principalmente por motivos ideológicos. Este apoyo se explica más bien por la juventud de esos votantes, quienes acaso fueron los más afectados, mental y materialmente, por la cuarentena (p. 284). Muchos de ellos votaban por primera vez. “En general -escribe el autor- pensaban que [Milei] estabilizaría la economía y bajaría la inflación” (p. 286).

Existió, según concluye, una “heterogeneidad ideológica en el voto a Milei” (p. 287) divisible en tres tercios no idénticos. Uno muy neoliberal y conservador, otro -mayoritario- neoliberal pero menos conservador y, finalmente, un tercero algo minoritario, nacional-popular, un poco conservador si bien muy receptivo al mensaje mileísta de acabar con la “casta” (p. 290), un ideologema surgido de

los movimientos de izquierda españoles logradamente apropiado por la ultraderecha argentina. Milei, por otro lado, gozaba de la ventaja de mostrarse como un personaje nuevo, no manchado por ningún expediente político. En el oficialismo, en cambio, predominaron apoyos inspirados por la identidad partidaria peronista y apenas se logró captar voluntades de otros espacios políticos. Por su parte, la derecha tradicional asistió al triunfo de su candidata más extrema, aunque ella en las generales no logró conquistar las simpatías de todos los que habían votado por Rodríguez Larreta, su rival interno.

Agonía electoral

Con todo, el candidato oficialista, Sergio Massa, quedó a sólo tres puntos de la victoria definitiva en las elecciones generales que siguieron a las primarias a pesar de las reticencias que suscitaba su figura en el electorado “duro” kirchnerista que le aportó el mayor número de sufragios. Su remontada electoral, analizada en el capítulo octavo, se explica porque el resultado adverso de las primarias y el triunfo en ellas de Milei activaron a la militancia de base progresista que sostenía al frente peronista. Massa había asumido como ministro de economía en una coyuntura muy adversa. Estaba, como se solía decir en Argentina, sentado en “la silla eléctrica”. Pero impulsó desde su cargo una serie de medidas beneficiosas para las clases populares que también contribuyeron a asegurarle un resultado positivo, si bien fueron deploradas por irresponsables y electoralistas desde el poder económico simpatizante del espectro de la derecha. Massa convocó a más mujeres, las elecciones generales atrajeron a más electores que las primarias y ellos estaban menos inclinados hacia Milei cuyo electorado se demostró menos volátil y más doctrinario: no sólo lo votaron los ofuscados.

El triunfo de La Libertad Avanza, el partido del nuevo presidente, dejó en un estado de estupor a la derecha tradicional que creía tener la victoria en el bolsillo; de pronto, se encontró fuera del balotaje. Macri, que no era candidato por su mala imagen pero que dominaba los hilos de esa alianza, maniobró con habilidad: selló un acuerdo con Milei al que se plegó la candidata derrotada de su facción (insultada por Milei pero que luego aceptaría integrarse a su gabinete como “dama de hierro” de la cartera de seguridad). La concertación organizada por Macri en su domicilio de un barrio acomodado de Buenos Aires no suscitó rechazos explícitos en su formación. Tampoco entre sus aliados del radicalismo, el partido más antiguo de la Argentina, supuestamente más moderado que el de Macri, con quien habían compartido el poder durante su período presidencial. A este apoyo tácito se sumó el más resonante de poderosos grupos mediáticos que se rindieron ante la competitiva candidatura de Milei. Era el único candidato de la derecha en carrera.

Las conexiones y apoyos a Milei desde las cúpulas políticas de la derecha, señala Balsa, se complementaron muy bien por la base. Los radicales y la derrotada

candidata del partido de Macri en las generales contaban con un sustento electoral rechazado al que no le costó desplazarse hacia una variante todavía más ultra como la de Milei. De su lado, Massa arrastraba un contexto de despolitización que afectaba gravemente a su base política peronista. El sindicalismo, las organizaciones barriales y su propio partido habían dejado de ser ámbitos de socialización ideológica, señala Balsa (pp. 252-253). Así, el candidato oficialista apenas pudo sumar apoyos de fuerzas ajenas al peronismo y perdió votos entre quienes en el pasado habían sufragado por su espacio.

La imagen delirante de Milei amedrentaba a ciertos electores moderados, pero los derechistas no se mostraban intimidados por ella. De manera que una “campaña del miedo” dirigida contra él no hubiera surtido efecto. La opinión de derecha no creía que Milei fuese tan loco como parecía y quienes creían que podía serlo un poco tampoco pensaban que lograría plasmar todo lo que proponía. O bien encontraría limitaciones en la realidad o bien se moderaría una vez en el poder, quizá por obra de sus aliados políticos de la derecha tradicional. Entendían sus propuestas más radicales como mera exageración propagandística. En contraste, para muchos votantes Massa cargaba el peso de representar más de lo mismo: la desesperanza (p. 361).

En las conclusiones de su estudio, Balsa procede de lo general a lo particular. Considera que el neoliberalismo ganó en la Argentina la disputa por la hegemonía, al menos provisoriamente, pero sin llegar a afianzarla. Esa disputa, asegura, continúa abierta (p. 381). El autor, recapitula la argumentación del libro alrededor de sus cuatro ejes ideológicos principales. Los dos primeros son políticos. Distingue, por una parte, entre lo “nacional-popular”, vale decir entiende al peronismo bajo la forma en que éste prefiere ser definido. Y, por la otra, al “neoliberalismo”, una categoría según algunos un poco vaga, pero que para él agrupa, en grados disímiles, a la derecha macrista y a la ultraderecha de Milei. Otros dos ejes, que reflejan actitudes morales o convicciones, cruzan a los anteriores en su análisis: progresismo y conservadurismo. Balsa los define con nitidez, en otros contextos podrían parecer imprecisos. El primero es feminista, favorable a las minorías y a los derechos sociales, partidario de la intervención estatal; el segundo sostiene todo lo contrario. Estos cuatro ejes organizan lo esencial de su análisis. Se podrían elevar diversas objeciones a estas categorías: demasiado simples, demasiado impregnadas de la posición ideológica del autor. Pero sin duda prestan un servicio esencial para un primer análisis del mileísmo; hasta el momento, no hay otro estado más detallado del clima de ideas del que surgió Milei, puesto que abarca también a quienes no lo apoyaron (4).

(4) Un trabajo pionero, más narrativo y no menos riguroso, aunque con un enfoque centrado en la Argentina mileísta, apareció a poco del balotaje. Balsa lo cita a menudo para coincidir en general con sus afirmaciones. Semán, P. (2023). Para un comentario: Fernández Vega, J. (2024).

Simple, claro y repetitivo

En las elecciones primarias de 2023, sostiene el autor, había tres proyectos neoliberales disputando contra uno nacional-popular. La candidatura peronista de Massa cargaba con el fracaso del gobierno del que había sido sostén y, en el último tramo, ministro de una economía descalabrada. La fracción que representaba hablaba de “derechos” sociales pero no intervenía lo suficiente en temas de igualdad económica. En contraste, el discurso opositor proclamaba un venturoso y desinhibido neoliberalismo conservador. Esto resulta clave para entender la razón por la cual la candidata extrema del macrismo superó a su más moderado rival interno, quien fungía como favorito. Pero sobre todo para explicar el triunfo en las presidenciales del más excesivo de los postulantes, Milei. Su victoria legitimó en el espacio público las opiniones más reaccionarias sobre el pasado y sobre el presente. El pueblo representado en la votación pareció autorizar un ajuste salvaje en nombre de un radiante porvenir. Una actitud sadomasoquista –que empeoren los otros porque no merecen ese futuro; que sufra yo ahora para mejorar después– sería la actitud básica que los teóricos de la Escuela de Frankfurt habrían detectado entre sus encuestados antes y después de la Segunda Guerra y en dos países muy distintos. El traslado de ese diagnóstico a la sociedad argentina puede resultar discutible y Balsa no lo desarrolla. Según añade, otros votantes, menos tomados por el sadomasoquismo, se adherirían a estas propuestas por una presión meramente grupal. Esto explicaría una parte no menor del voto a Milei, acaso proveniente de individuos poco socializados y reactivos a las reglas de la corrección política dominante entre amplios círculos juveniles, concluye Balsa.

Milei sostuvo un “discurso simple, claro y repetitivo” (p. 387) escribe Balsa. Para completar su idea habría que añadir que el peronismo no emitió un mensaje programático comparable porque carecía de él. Su libro, cuyos méritos son difíciles de disminuir, adquiere a veces un tono político polémico. Las preferencias del autor resultan claras. No necesitaba atenuarlas, tampoco subrayarlas. En las conclusiones de su estudio parece hacer un balance político partidario; su pregunta, no poco explícita, es: ¿en qué nos equivocamos los que apoyamos la candidatura de Massa?

En primer lugar, registra el fracaso de la propuesta de un gobierno de unidad nacional lanzada en el último tramo de la campaña electoral. Nadie la atendió. En segundo término, sostiene que Massa fue incapaz de captar voluntades más allá del círculo, nada menor, de la alianza que encabezaba quizá debido al estrepitoso fracaso económico. Es cierto -ningún análisis puede obviarlo- que el gobierno encabezado por Alberto Fernández del que Massa participó tuvo que enfrentar adversidades históricas de gran dimensión. Una pandemia mundial, la sequía que redujo la principal fuente de ingresos de la economía argentina, la guerra en Ucrania que encarecía el gas que importaba el país cuando escaseaban las divisas. Motivos suficientes para arruinar cualquier gestión. Al efecto de estos desastres se

añadía el hecho de que el gobierno peronista había heredado de Macri una descomunal deuda externa con el FMI que imponía medidas recesivas incluso en medio de una crisis flagrante. Hay que sumar a estos factores estructurales múltiples torpezas en la gestión y una crisis interna considerable que paralizó y distorsionó las decisiones. En particular, el gobierno no adoptó una posición firme frente a la muy discutible deuda contraída por Macri con el FMI.

En sus frescos contextuales Balsa no se detiene a comentar estas contundentes situaciones. Adopta más bien una actitud benévola hacia el gobierno peronista que potenció las bases del resentimiento que abrirían paso a la victoria de Milei. Sin embargo acierta en señalar que la radicalización del proyecto neoliberal logró constituir una cabeza de playa en la Argentina. Dicho proyecto, asegura, impulsa la concentración económica y la formación de megaempresas (p. 391). Milei difunde en sus pronunciamientos públicos teorías favorables a los monopolios. No son comentarios marginales ni delirantes sino parte de un programa práctico.

El autor enumera varias razones que explicarían la indetenible carrera hacia el poder de la ultraderecha. A las que ya fueron señaladas podemos agregar otras dos. En primer lugar, la reacción neoconservadora que fraguó Milei no fue detectada a tiempo. Conquistó a los que “fueron dejados de lado” socialmente o se sintieron “agredidos” por el discurso sobre los derechos adquiridos (particularmente los amplios derechos de género implementados por los gobiernos kirchneristas). Faltó, además, una reacción democrática ante los “discursos de odio” desplegados por la derecha y su variante ultra. Simplemente, se permitió su difusión irrestricta por toda la sociedad en nombre de la libertad de expresión (lo que plantearía la cuestión sobre si el peronismo es, al final de cuentas, el único liberalismo *político* realmente existente en la Argentina). Más importante, puesto que tiene consecuencias a largo plazo, hubo una despreocupación por la politización de las clases populares. Se dejó que entre ellas se difundieran “imágenes simplistas de la sociedad” (p. 397) y esto afectó especialmente a los jóvenes.

Por último, hay que sumar a los apoyos al mileísmo la efectiva demonización de los kirchneristas. Una evidencia la aporta el increíble débil repudio al intento de asesinato de Cristina Kirchner en setiembre de 2022, apenas después del final de la pandemia. Balsa asegura que la consigna “acabar con los K [con Cristina Kirchner y sus seguidores]” (pp. 371 y 390) es un tema popular entre la derecha. Entre muchos otros deseos desinhibidos de esta corriente, que ahora los proclama desde el poder, este sigue siendo de cumplimiento incierto en la Argentina.

Referencias

Adorno, T. W. (2009). Estudios sobre la personalidad autoritaria. *Estudios sociológicos II*, 1, Obra completa 9/1. Akal.

Balsa, J. (2024). *¿Por qué ganó Milei? Disputas por la hegemonía y la ideología en la Argentina*. Fondo de Cultura Económica.

Fernández Vega, J. (2024). Está entre nosotros. *A Contracorriente*, vol. 21, N° 3, pp. 298-304. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/2460/3768>

Fromm, E. (2012). *Obreros y empleados en el Tercer Reich. Un análisis psicológico-social*. Fondo de Cultura Económica.

Semán, P. (Coord.) (2023). *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Siglo Veintiuno Editores.